

El malestar en la teoría del sujeto de Guy Bajoit

The malaise in Guy Bajoit's Theory of the Subject

Lorena Araya Silva*

Resumen

La teoría del sujeto de Bajoit es una teoría que intenta explorar las conductas individuales, a partir de la capacidad de la persona para constituirse en un individuo-sujeto-actor mediante la conciliación de las expectativas relacionales que ha construido a lo largo del proceso de socialización. En este proceso el individuo va configurando su identidad personal que se constituye por las identidades asignada, deseada y comprometida. El malestar, en este marco teórico, surge de las tensiones existenciales que se provocan ante la imposibilidad del individuo para conciliar lo que cree que lo otros esperan de él y lo que él mismo desearía ser y hacer, impidiéndole convertirse en un sujeto y en un actor de su propia existencia.

Palabras clave: sujeto, tensión existencial, malestar

Abstract

The Bajoit's theory of the subject is a theory that attempts to explore individual behaviors, starting from the person's capacity to become an individual-subject-actor through the reconciliation of the relational expectations that has built throughout the socialization process. In this process, the individual shapes his personal identity, constituted by the assigned, desired, and committed identities. In this theoretical framework, the malaise arises from the existential tensions that are provoked by the person's impossibility to conciliate what he believes others expect from him, and what he himself would like to be and do, which in turn does not allow him to become subject and actor of his own existence.

Keywords: subject, existential tension, malaise

* Doctora en Estudios Americanos, Especialidad Estudios Sociales y Políticos de la Universidad de Santiago de Chile, Santiago, Chile. Correo electrónico: lorena.araya@usach.cl

1. La teoría del sujeto

La teoría del sujeto de Guy Bajoit es el resultado de un extenso trabajo que se enmarca en una “teoría sociológica general” (Araya, 2016). Ésta pretende, desde las lógicas y los comportamientos individuales, dar cuenta de las mutaciones culturales que experimentan las sociedades en la actualidad. En este marco, el enfoque del sujeto de Bajoit entrega coordenadas que permiten explorar la subjetividad individual, en particular las relaciones que el individuo establece con los otros y consigo mismo, la estructura de la identidad personal, su capacidad para convertirse en sujeto y en un actor que transforme su posición relacional.

Es un enfoque que se puede situar en el cruce de la sociología relacional, la sociología del individuo, los enfoques de la individuación y psicología social, en particular la sociología clínica. La complejidad que resulta de esta aproximación que combina aspectos de la sociología y la psicología (Bajoit, 2003), es también una forma que permite capturar la complejidad de los fenómenos propios de las sociedades contemporáneas, que sitúan en el individuo la obligación de dotar de sentido a su propia existencia.

Ante la incapacidad para dar coherencia y sentido a la existencia humana en el intento de dotarse de una identidad personal, se instala el concepto de malestar. Entendido como el sufrimiento psicológico que se produce frente a la imposibilidad o la incapacidad del propio individuo para gestionarse a sí mismo, frente a los apremios que impone la vida en común y que le impiden alcanzar aquello que desearía ser o hacer, o frente a aquello que los otros esperan que sea o haga.

2. La noción de sujeto

Debido a que el individuo es concebido como objeto y sujeto de las relaciones que establece, se transforma en el principio explicativo de lo social (Bajoit, 2003, pp. 28-29). Sin embargo, el

individuo no debe ser concebido como un individuo aislado como se plantea en el individualismo metodológico, sino como un miembro que participa en la producción y reproducción de la sociedad, mediante el establecimiento de relaciones con los otros y consigo mismo. En este sentido se debe concebir al sujeto como un “sujeto-en-el-mundo”, tal como lo planteó Touraine (1994). El individuo es responsable de sí mismo y de la sociedad de la cual forma parte y su voluntad para obrar lo convierte en un actor comprometido.

Esta noción de sujeto que involucra el deseo de libertad y la voluntad del individuo para convertirse en actor (Touraine, 1994), conduce a la idea del “individuo-sujeto-actor” y que Bajoit recoge para elaborar su teoría del sujeto. En ésta se distinguen dos componentes centrales: el proceso de constitución de la persona en un individuo-sujeto-actor y la constitución de la identidad personal (Bajoit, 2003, 2013, 2015). Son dos procesos interconectados que implican un trabajo sobre sí mismo o de agencia de sí, un esfuerzo que involucra la subjetividad consciente e inconsciente del individuo en el afán de obtener el reconocimiento de los otros, siguiendo sus mandatos, y obtener su realización personal, siguiendo sus propios deseos y/o pulsiones.

El planteamiento teórico de Bajoit se formula a partir de una serie de proposiciones que permiten explorar, tanto teórica como metodológicamente, el proceso de constitución del individuo-sujeto-actor, la estructura de la identidad y la capacidad de agencia individual. Para este autor los individuos soportan ciertos apremios y desean ciertos bienes, por sobre otros, debido a que son legitimados culturalmente y es mediante la práctica de las relaciones sociales que los individuos van incorporando, mediante el proceso de socialización, esas estructuras que se deben conciliar con los propios deseos (Bajoit, 2003, 2013).

Una de esas hipótesis señala que la socialización no necesariamente determina socioculturalmente la trayectoria de un individuo y otra sostiene que no habría una causalidad mecánica entre las relaciones sociales y las conductas individuales, ya que el individuo siempre es un poco sujeto de sí mismo (Bajoit, 2013). Esto se explicaría porque, a pesar de que los apremios estructurales condicionan parcialmente las conductas, esas mismas conductas son una decisión que el individuo toma e incluyen, también, un componente de imprevisibilidad o irracionalidad.

Bajoit plantea que mediante la práctica de las relaciones sociales que el individuo establece con los otros, va construyendo su identidad personal, al mismo tiempo que desarrolla sus capacidades para convertirse en sujeto de sí mismo (Bajoit, 2003). En este proceso, el individuo trata de alcanzar la aceptación y el reconocimiento de los otros junto con el sentimiento de plenitud personal, lo que se puede definir como una gestión de sí ante los otros y ante sí mismo. Constituirse en un individuo-sujeto-actor es el resultado del proceso de socialización que insta al compromiso social al cual los otros lo han instado, pero, al mismo tiempo, el individuo intenta liberarse de parte de las estructuras incorporadas para ser o hacer lo que realmente desea (Bajoit, 2013).

La gestión de sí mismo es un proceso individual y decanta de manera distinta en cada individuo, según la disposición de los recursos personales y el proceso de socialización primaria y secundaria a que ha sido sometido. Esto condiciona la capacidad de agencia o la forma de gestionarse a sí mismo (Araya, 2016), frente a las experiencias sociales que se deben elaborar ante las circunstancias que se van enfrentando durante el curso de la vida (Araujo, 2009). La formación de la identidad personal se construye desde la posición que esos recursos le asignan al individuo frente a los otros (Bajoit, 2003), y desde la capacidad para gestionarse a sí mismo.

Las sociedades contemporáneas le plantean y exigen a las personas convertirse en individuo-sujeto-actor (Bajoit, 2009) y requieren dotarse de una identidad (Bauman, 2005), pero no todos los individuos alcanzan esta meta. No todos logran manejar las tensiones existenciales que provienen de experiencias sociales que se pueden tornar muy complejas, tensionando y deteriorando el núcleo de la identidad personal, lo que desencadena malestares identitarios que se expresan en un sufrimiento psicológico (Bajoit, 2013).

El individuo se constituye en sujeto de sí mismo cuando actúa sobre sí mismo, cuando logra manejar las tensiones existenciales que le causan sus relaciones con los otros en el mundo (Bajoit, 2003). Implica un “trabajo del sujeto” o “gestión relacional de sí” (Bajoit, 2003, p. 156), que conlleva un esfuerzo demandante y constante, mediante el cual se busca alcanzar los sentimientos de reconocimiento social y de plenitud personal (Bajoit, 2003).

En términos freudianos ser sujeto, según Bajoit (2003), sería obedecer al “yo” y no al “superyó” o al “ello”. A pesar que la forma en que la estructura de la identidad la construye a partir de elementos de la teoría de Freud, Bajoit establece algunas diferencias, debido a que en su planteamiento ser sujeto de sí mismo es una meta inalcanzable, lo que implica que el individuo debería deshacerse de todo aquello que el “superyó” y el “ello” le imponen, es decir, aquello que el individuo hace contra sí mismo, contra todo lo que su “yo” desaprueba, pero que en definitiva no puede dejar de ser y hacer porque obedece a sus intereses, sus habitus y sus pulsiones (Bajoit, 2013).

El socio análisis es la forma teórica y metodológica que se centra en la exploración de los procesos que pueden desarrollarse en la conciencia y la inconsciencia del individuo, los que se generan entre la capacidad de reflexividad y de expresividad. Estos procesos constituyen la base teórica y metodológica que se sistematiza en una secuencia de hipótesis

(Bajoit, 2013), que pueden resumirse de la siguiente manera:

la práctica de las relaciones sociales socializa al individuo, esto lo incita a comprometerse con su destino social, despertando sus expectativas de reconocimiento social y plenitud personal, su satisfacción fortalece el núcleo de la identidad personal mientras que su insatisfacción alimenta las tensiones existenciales y, ante ciertas condiciones, esto fragiliza la identidad y provoca malestares identitarios que cuestionan el compromiso identitario. Para explicarse y/o aliviar esos malestares el individuo construye relatos, luego razones o motivaciones para pasar al acto, utiliza sus recursos psicológicos para vencer sus resistencias internas de manera que pueda pasar a sus actos liberadores, lo que le permitirá redefinir profundamente sus relaciones sociales. (p. 117)

En este planteamiento la identidad personal se constituye por tres esferas identitarias que se superponen entre sí: la identidad asignada, la identidad deseada y la identidad comprometida (Bajoit, 2003, 2009, 2010). Esa superposición genera un núcleo identitario que da cuenta de la conciliación de las estructuras que conforman cada una de las esferas; este núcleo se fortalece cuando el individuo logra convertirse en sujeto de sí mismo y se debilita cuando no logra manejar sus tensiones existenciales, fortaleciendo las zonas periféricas que rodean al núcleo (Bajoit, 2009).

Este fortalecimiento de la identidad personal se produce cuando el individuo logra satisfacer las expectativas relacionales que ha construido a lo largo del proceso de socialización. Cuando es capaz de conciliar lo que él cree que los otros esperan que sea o haga con lo que él desea hacer o ser verdaderamente, y lo que finalmente logra ser en un momento determinado de su trayectoria, alcanzando los sentimientos de reconocimiento social, de plenitud personal y de consonancia existencial (Bajoit, 2003).

En contrapartida, las seis zonas que rodean al núcleo identitario se fortalecen ante la incapacidad o la baja capacidad del individuo para conciliar sus expectativas relacionales. Se

fortalece la zona de desviación a las normas y mandatos que los otros imponen (Z2), la zona de sumisión (Z3), la zona de autodestrucción que incluye la agresión o el daño a sí mismo o a los otros (Z4), la zona de insumisión a los otros (Z5), la zona de represión o de los deseos reprimidos (Z6) y la zona de inhibición (Z7) (Bajoit, 2013, p. 230).

3. El origen de los malestares identitarios

El individuo-sujeto-actor se produce en el mundo y en las relaciones que sostiene con los otros, desde esta perspectiva la relación social se define como “un intercambio entre dos actores” (Bajoit, 2003), pero también como una “forma de cooperación y solidaridad” (Simmel, 2014). El individuo en tanto miembro de una colectividad tiene motivaciones que lo instan a establecer relaciones con los otros. En ellas aprende a valorar algunas finalidades y las posibles retribuciones que puede obtener. Sin embargo, requiere de los otros para alcanzarlas, requiere realizar intercambios o cooperar o solidarizar con los otros para alcanzar sus fines o las retribuciones esperadas. Según la disposición de sus recursos personales, en algunos casos deberá someterse a los mandatos de los otros, y en otros será el actor quien domine la relación social (Bajoit, 2013).

La cooperación y la colaboración que se producen en las relaciones develan la desigualdad social y es en esa desigualdad que los individuos construyen sus expectativas relacionales, sus motivaciones e integran los mandatos de los otros a la estructura de su identidad personal. Para Bajoit los individuos persiguen finalidades y esperan ciertas retribuciones, pero la desigualdad que se genera condiciona las retribuciones que se obtienen, dependiendo de la posición que se ocupa en la relación y la capacidad del individuo para modificar su posición frente al otro, la mayor parte de esas desigualdades tienden a ser legitimadas culturalmente (Bajoit, 2013).

Las relaciones que el individuo sostiene con los otros, condicionadas por la desigualdad, están orientadas por los valores, los intereses, las tradiciones y la afectividad (Bajoit, 2003). Los valores y los intereses corresponden a formas de racionalidad consciente que el individuo construye mediante el cálculo, el interés por corresponder a las expectativas de los otros o la convicción que lo moviliza, ya que se ha convencido que debe ajustarse a las exigencias sociales y ha comprendido el sentido de sus acciones.

En el caso de las tradiciones y la afectividad corresponden a racionalidades que involucran el inconsciente. El individuo ha incorporado ciertas estructuras mediante la habituación a las pautas de conductas que provienen del entorno en el cual ha sido socializado, que lo impulsan a hacer aquello que los otros suelen hacer o ser, pero también involucra la identificación con los otros mediante la construcción de lazos afectivos que median sus relaciones, sobre todo en los círculos más cercanos. Una forma de racionalidad construida sobre esta base conlleva que el individuo pueda realizar ciertas acciones o ser algo que atente contra sus propios intereses, debido a la incapacidad de cortar o comprometer algunos lazos afectivos.

La satisfacción de las expectativas que el individuo ha construido fortalece su identidad personal, pero también lo controlan, lo orientan, le imponen límites y una perspectiva sobre los objetos que desea, los proyectos y su propia identidad. El individuo se constituye en sujeto y actor entre los apremios que provienen de la dominación social, la desigualdad social y las perspectivas que le brinda su participación social. Entre la censura que proviene del “superyó” interiorizado y la identificación que se articula sobre el “ideal de mí” (Bajoit, 2003, p. 165).

Por otro lado, la insatisfacción de esas expectativas relacionales para Bajoit (2003, 2013, 2015) da origen a tensiones existenciales. Éstas se pueden definir como la incapacidad del individuo para realizar un trabajo sobre sí o el

trabajo del sujeto conducente a la conciliación de los mandatos de los otros, de lo que desea ser y hacer y lo que logra ser o hacer. Desde la perspectiva relacional de este enfoque, el individuo no puede gestionar totalmente la relación que establece con los otros y consigo mismo, no logra alcanzar sus finalidades en las relaciones que ha establecido con los otros. Esto sucede ante situaciones o acontecimientos que se hacen inmanejables y el resultado es el deterioro de su núcleo identitario y el fortalecimiento de las áreas de desviación, sumisión, autodestrucción, insumisión, represión e inhibición.

Las tensiones que se provocan a partir del deterioro identitario activan las zonas opuestas que rodean al núcleo. Por este razonamiento, Bajoit (2003) señala que las tensiones existenciales son las de conformismo, de marginalización y de anomia. Esto se debe a que el individuo solo puede satisfacer o cumplir con una parte de aquello que le demanda la identidad asignada en detrimento de su identidad deseada y, por lo tanto, su identidad comprometida no satisface plenamente a las expectativas de los otros o por el contrario no puede hacer todo lo que desea ser y hacer.

La tensión de conformismo se produce debido a que el individuo para someterse a los otros debe reprimir sus propios deseos. En otras palabras, se activa la zona de sumisión a los otros (Z3), que contiene aquello que el individuo es o hace para satisfacer las expectativas de los otros. Al mismo tiempo que activa la zona de represión (Z6), que contiene aquello que el individuo desea ser o hacer, pero debe reprimir sus deseos y/o pulsiones, porque los apremios sociales lo prohíben, porque siente que no tiene el derecho para hacer o ser lo que desearía. El individuo que se enfrenta a esta tensión siente que está obligado a hacer lo que se espera de él o lo que se siente obligado o coartado.

En el caso de la tensión de marginalización, se activa la zona de desviación a las normas (Z2), que contiene lo que el individuo desea ser o hacer para responder a sus propios deseos, sus

pulsiones y todo aquello que puede contravenir a los otros, ya sea consciente o inconscientemente. Y esto incita a que se active la zona de insumisión (Z5), que contiene lo que el individuo deja de ser o hacer y que los otros esperarían que hiciera o fuera, no se somete a los otros, no se compromete con los demás. En esta tensión el individuo se enfrenta al rompimiento de los mandatos sociales, confrontándolos y por ello puede ser marginado, porque si sigue sus propios deseos no alcanzará el reconocimiento social que espera alcanzar como miembro de una comunidad.

Y la tercera tensión existencial Bajoit la denomina anomia. En este tipo de tensión se activan las zonas de inhibición (Z7) y la de autodestrucción (Z4). Por un lado, el individuo no es capaz de materializar sus propios deseos como tampoco los de los otros, a pesar que tanto él mismo como los otros esperan que actúe, siente que no tiene la capacidad a pesar de que nada se lo prohíbe. Esa misma incapacidad para actuar se traduce en la activación de la zona de autodestrucción y la consecuencia es que actúa contra sus propios deseos y contra las expectativas de los otros, pudiendo provocarse daño o agredirse a sí mismo como a los demás. El individuo se siente incapacitado para actuar de acuerdo con sus expectativas relacionales y esto lo conduce a actuar en contra de esas mismas expectativas.

4. El concepto de malestar

Bajoit utiliza la palabra “trabajo” para señalar que producirse como un individuo-sujeto-actor, impone un esfuerzo y es un resultado que no que está asegurado, que no se produce por sí solo y no siempre es factible de alcanzar (Bajoit 2003, p. 156). Se trata de una meta por alcanzar y cuando no se produce hay un fallo, un fracaso o una insatisfacción. El individuo que pertenece a una comunidad busca el reconocimiento de los otros al mismo tiempo que sentirse realizado, pero cuando no consigue ambos sentimientos y/o lo que logra no responde plenamente a sus expectativas, siente una sensación de falta, un

malestar o sufrimiento que se llama tensión existencial (Bajoit, 2003, p. 157).

Esto es particularmente relevante sobre todo en sociedades en las cuales está en ascenso el individualismo y el fracaso identitario personal es sentido como un malestar en la conciencia (Bajoit, 2003, p. 190). El paso de una sociedad tradicional a una centrada en el individualismo implica que el individuo debe centrarse en sí mismo, gestionarse y acomodarse a los mandatos sociales que le dictan nuevas pautas sobre el tipo de vida que debe vivir y cómo debe ser vivida, pero sin los referentes ni los patrones del pasado. El trabajo para ser un individuo-sujeto-actor requiere para su logro de la movilización de los diferentes recursos que dispone el individuo (Bajoit, 2003).

Este trabajo será un poco menos complejo cuando la distancia entre las identidades asignada, deseada y comprometida no sea muy grande, es decir, cuando lo que el individuo cree que los otros esperan de él, lo que él mismo desea y lo que logra ser o hacer tienda a coincidir o se trata de estructuras integradas de manera no muy contradictoria. Pero cuando esas estructuras identitarias son más distantes, se torna en un trabajo más complejo, las tensiones existenciales tenderán a ser más intensas y como resultado el malestar se acentuará aún más en la conciencia (Bajoit, 2003).

En este sentido, el malestar es definido por Bajoit como un estado de sufrimiento psíquico que resulta de la exacerbación de las tensiones existenciales entre las zonas periféricas de la identidad que amenazan la estabilidad de su núcleo identitario (Bajoit, 2013, p. 236). Esta fragilización ocurre, según lo planteado en la teorización del socio análisis, porque ciertas condiciones fragilizan la identidad del individuo provocándole malestares identitarios que desafían y que comprometen su destino.

Esas condiciones provendrían de la práctica de las relaciones sociales, pero en vez de obtener el reconocimiento social y la plenitud personal, el individuo engendraría una insatisfacción debido

a que experimenta solo uno de esos sentimientos o ninguno de ellos. La insatisfacción que esta situación le provoca activa las tensiones existenciales de conformismo, marginalización y/o anomia, debilitando y fragilizando el núcleo de su identidad mediante el proceso de socialización, cuyo resultado es un malestar identitario.

De acuerdo con el socio análisis, para identificar los malestares identitarios hay que situarse en el periodo en que éste se produce (Bajoit, 2013, p. 235). Esto se debe a que ciertas condiciones, provenientes de algunos eventos, activan una insatisfacción de una parte de las expectativas relacionales, desencadenando procesos internos en el individuo debido a una activación de las zonas periféricas del núcleo identitario (desviación, sumisión, autodestrucción, insumisión, represión, inhibición), en los cuales una y/o las tres tensiones existenciales pueden activar algunas debilidades del núcleo identitario.

Lo anterior ocasiona un malestar psíquico más o menos insoportable para el individuo, debido a que no puede lograr una consolidación de sus expectativas relacionales relativamente estable. En este proceso las zonas periféricas de la identidad se activan, se expanden y pasan a ocupar un lugar importante en la conciencia y el inconsciente, provocando una separación entre las tres esferas identitarias que resulta de la imposibilidad de conciliarlas o superponer esas estructuras, por lo que cada zona se expande a costa de la compresión del núcleo identitario.

Esto se debe a la imposibilidad de conseguir el reconocimiento social y la plenitud personal, que es justamente lo que se les exige a los individuos en un modelo cultural subjetivista, ser un sujeto de sí mismo consciente y darse una buena vida. El malestar daría cuenta de una incapacidad o fracaso del individuo para lograrlo, él mismo se sentiría mal con su propia identidad, ya que se sentiría incapaz de enfrentar las condiciones que le provocan esta incapacidad (Bajoit, 2013).

A los eventos que crean las condiciones propicias para desencadenar un malestar identitario, Bajoit los denomina “eventos disipadores” o eventos que desgastan o deterioran la estabilidad identitaria, son desencadenados por crisis puntuales y angustiantes, como, por ejemplo, la muerte de una persona cercana, un evento traumático, un fracaso amoroso o un conflicto con los padres, entre otros. En los casos que Bajoit (2013) ha estudiado mediante el socio análisis, pudo determinar que dichos eventos tienden a ocurrir justo antes que se produzcan los malestares en los individuos. Sin embargo, en otros casos, estos eventos se desencadenan mucho antes y tienden a marcar profundamente a los individuos durante su biografía. En este último tipo de eventos desencadenantes, algunas circunstancias en las fases posteriores de la vida pueden despertar esos malestares que habrían estado latentes, sin que se haya podido comprenderlos o aliviarlos mediante relatos que permitieran reducir su propio sufrimiento.

5. Consideraciones sobre el malestar

El malestar para Bajoit se puede sintetizar en un sufrimiento psíquico que se desencadena debido a la incapacidad o al fracaso del individuo para convertirse en sujeto y actor en un momento de su biografía. Este sufrimiento se ocasiona a partir de la relación que el individuo establece con los otros y consigo mismo, en su intento por ser un sujeto en el mundo, por dotarse de una identidad personal, pero que no puede alcanzar ante determinadas circunstancias y a pesar de que intenta movilizar sus recursos personales, fracasa.

Esta noción de malestar involucra tanto aspectos sociológicos como psicológicos, el individuo integra estructuras provenientes de lo social a su identidad personal, se relaciona con los otros a partir de esas estructuras y sus conductas o comportamientos reflejan que tal vez no puede actuar según los mandatos sociales que configuran su identidad asignada, cuando no consigue el ansiado reconocimiento

social. Pero al mismo tiempo, este malestar activa una serie de procesos psicológicos, ya que el individuo se debe confrontar a sí mismo cuando lo que puede ser o hacer responde a lo que los otros esperan de él a costa de lo que le manda su identidad deseada, o lo que logra ser o hacer contraviene parte de los mandatos de los otros o una parte de sus propios deseos.

Este sufrimiento se produce antes que el individuo pueda desencadenar los procesos reflexivos que le permitirían manejar las tensiones existenciales que los ocasionan, dando cuenta de la imposibilidad de hacer el trabajo del sujeto o la falta de agencia sobre sí mismo, para manejarse ante los otros y ante sí mismo. Esto le provoca un estado de tensión que lo puede marginar de algunos círculos de socialización, lo puede someter o incapacitar para actuar o terminar agrediendo a los otros o a sí mismo. Este estado, sus consecuencias psicológicas y sociológicas, pueden ser acotadas en el tiempo o permanecer latentes, debido a que el individuo se relaciona con los otros a partir de sus propios malestares, es decir, los procesos internos o psicológicos del individuo se proyectan en sus relaciones trascendiendo a lo social.

Un individuo que se enfrenta en una fase de su biografía a los malestares identitarios actuará y se comportará desde ese estado, que en muchos casos tal como lo plantea Bajoit (2013), y también Araya (2016), conduce a una serie de patologías psicológicas como las depresiones, las angustias, una merma del autoestima, sentimientos de culpa, el estrés en fases tempranas de la niñez que pueden explicar conductas autodestructivas en la fase adulta de la biografía como el consumo de drogas, alcohol, la delincuencia, entre otras.

Este sufrimiento deja a la persona atrapada, no puede conseguir sus finalidades que la han orientado en sus relaciones con los otros y consigo mismo. Mientras el individuo experimente un malestar identitario no podría comprenderlo ni menos aliviarlo, ya que tal como plantea Bajoit, eso es el trabajo del sujeto

y del actor y el individuo todavía no logra pasar a esas fases. Ha sido incapaz de construir relatos que cumplan esas funciones y por ello no se puede proyectar ni reflexionar qué hará para aliviarlos. Las fuentes de sentido que haya podido elaborar, y que le proporcionarán el reconocimiento externo no coinciden con las fuentes internas que le indican que debe conformarse o atenerse a sus propios deseos para lograr la plenitud personal (Bajoit, 2013).

Esta noción de malestar no solo permite explorar la dimensión teórica del malestar en la teoría del sujeto que formula Bajoit y el deterioro identitario que se produce a partir de la imposibilidad de manejar las tensiones existenciales, sino también permite comprender la dimensión empírica de las causas, los procesos y los efectos individuales y sociales que involucra el momento en que se produce el evento disipador o los momentos posteriores en que un malestar latente se active.

El individuo no solo vive en la sociedad de acuerdo a determinados patrones culturales y se somete, aunque sea en parte, a ellos, sino también es el reflejo de la sociedad, los patrones culturales se internalizan en una estructura identitaria que da cuenta de su “yo” y de todo aquello que proviene de lo social, integrándose no solo a su identidad asignada, sino también a su identidad deseada y comprometida al internalizar los deseos culturizados que redefinen aquello que se desearía y que pueden condicionar lo que finalmente se es y se hace.

Referencias

- Araujo, K. (2009). Configuraciones de sujeto y orientaciones normativas. *Psicoperspectivas*, 8(2), 248-265.
- Araya, B. L. (2016). *La Constitución del Sujeto en el marco de la expansión de las capacidades humanas. El caso de los individuos pobres beneficiarios de programas contra la pobreza* (Tesis Doctoral). Universidad de Santiago de Chile, Santiago, Chile.
- Bajoit, G. (2003). *Todo Cambia. Análisis sociológico del cambio social y cultural en las sociedades contemporáneas*. Santiago, Chile: LOM.
- Bajoit, G. (2009). La tiranía del “Gran ISA.” *Cultura y representaciones sociales*, 6, 9–24. Recuperado de <http://www.culturayrs.org.mx/revista/num6/Bajoit.pdf>
- Bajoit, G. (2010). Grand résumé de Socio-analyse des raisons d’agir. Études sur la liberté du sujet et de l’acteur. Québec, Presses de l’Université Laval. Recuperado de <http://sociologies.revues.org/3227>
- Bajoit, G. (2013). *L’individu sujet de lui-même*. Paris, Francia: Armand Colin.
- Bajoit, G. (2015). *La maison du sociologue. Pour une théorie sociologique générale*. Louvain la Neuve, Bélgica: Academia – L’Harmattan.
- Bauman, Z. (2005). *Identidad*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Simmel, G. (2014). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. México DF, México: Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, A. (1994). *Crítica de la Modernidad*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Recepción: 20-julio-2017

Aceptación: 22-agosto-2017